



# GRAN TEATRO DEL LICEO

BARCELONA

EMPRESA:

JOSE F. ARQUER

DIRECCION ARTISTICA:

NAPOLEONNE ANNOVAZZI

SABADO, 22 DICIEMBRE DE 1951

## AIDA

Opera en 4 actos y 7 cuadros, letra de Antonio Ghislanzoni, música de Giuseppe VERDI.

*Esta Opera se estrenó en El Cairo el 24 de diciembre de 1871 y en el Liceo el 25 de febrero de 1877; habiendo sido su 362 y última representación la del 28 de diciembre de 1949.*

### REPARTO

<i>El Rey</i> ... ..	Jacinto SANTAMARIA
<i>Amneris</i> ... ..	María BENEDETTI
<i>Aida</i> ... ..	María PEDRINI
<i>Radamés</i> ... ..	Mario FILIPPESCHI
<i>Ramfis</i> ... ..	Luis CORBELLA
<i>Amonasro</i> ... ..	Rolando PANERAI
<i>Un mensajero</i> ... ..	Pedro CLAVERIA

*Sacerdotisas, Sacerdotes, Ministros, Capitanes, Guerreros, Esclavos, Prisioneros etíopes, Pueblo egipcio.*

Coro general

Cuerpo de baile

*Primeros bailarines:*

Rosita SEGOVIA

Juan MAGRIÑA

*Bailarinas solistas:*

Beatriz Aguilera, Lolita Baldó, Olga Casado, Ester Desmaissons, Consuelo Sánchez, Carmen Vicente

*Bailarines solistas:*

Emilio Altés

Federico Arnaiz

*Maestro Director:*

ANGELO QUESTA

*Director de escena:*

Augusto CARDI

*Maestro de coro:*

José ANGLADA

*Coreógrafo y maestro de baile:*

Juan MAGRIÑA

Decorados de Mestres Cabanes

Vestuario del cuerpo de baile, realizado según bocetos de Arturo Carbonell.

47549.1



## ARGUMENTO

Lugar de la acción: El antiguo Egipto, en Menfis y Tebas.  
Epoca de la misma: La del máximo poderío de los Faraones.

### ACTO PRIMERO

CUADRO 1.º — *Gran sala del Palacio real de Menfis.* — Aida, la hija del Rey de Etiopía, ha sido traída prisionera a Menfis, en cuyo Palacio está cautiva y, desconociéndose su condición real, está considerada como una esclava más, junto con los prisioneros de su raza que los egipcios capturaron en su última campaña contra los etíopes. Aida es amada secretamente por el capitán de la guardia del rey, Radamés, quien igualmente desconoce su condición de princesa, al que corresponde aquélla con tierna afección. Este es informado por el gran sacerdote Ramphis que, según el oráculo de la diosa Isis, es el indicado para conducir las tropas egipcias a la victoria. El capitán se alegra de ello, pues desea conseguir laureles y triunfos para depositarlos a los pies de su amada, y con ello rescatarla y conseguirla para su amor. En la inspirada romanza «Celeste Aida»... expresa este anhelo. Entra Amneris, hija del Rey de Egipto, que también ama apasionadamente a Radamés sin ser por éste correspondida; y al enterarse de que va a partir para los campos de batalla, abriga la esperanza de que cuando regrese la hará su esposa. Más, al llegar Aida y sorprender las miradas de cariño que entre los dos enamorados se cruzan, Amneris comprende que ya tiene una rival. Aparece el Rey y ratifica a Radamés haberle nombrado jefe de los ejércitos cumpliendo así el oráculo de Isis; y Radamés recibe, de manos de la princesa Amneris, el estandarte que ha de servirle de guía y distintivo en las contiendas que se dispone a emprender. Aida se despide de su amado con el corazón oprimido, pues sabe que su padre acaudilla las tropas enemigas, y tiembla al pensar que ambos han de enfrentarse; más, a pesar de sus temores, hace votos por el éxito de su amado Radamés, entonando el célebre «Ritorna vincitore».

CUADRO 2.º — *Interior del templo del dios Phta, en Menfis.* — Un coro de sacerdotisas y sacerdotes ofician ante el altar del dios y cantan un himno en su gloria. Entra Radamés y es bendecido por el Gran Sacerdote antes de partir para la guerra, entregándole las armas que han de conducirle a la victoria.

### ACTO SEGUNDO

CUADRO 1.º — *Ha pasado algún tiempo, y en la cámara de Amneris, en el palacio real de Menfis, esta princesa está rodeada de sus doncellas, que la visten y adornan para el cortejo que ha de celebrarse en honor de Radamés cuya vuelta del campo de batalla, triunfante y victorioso, se espera para muy pronto, luego de haber derrotado a las huestes etíopes y apresado un gran número de cautivos. Al entrar Aida en la estancia, la princesa Amneris despide a sus sirvientes; y simulando interesarse por los amores de la joven esclava, le hace confesar sus secretas relaciones con Radamés, diciéndola, para atormentarla, que éste fué mal herido en la guerra y que ha muerto. La afligida Aida se desconsuela ante esta triste nueva; más, la celosa Amneris pronto mitiga su pena diciéndole que la ha en-*

gañado para saber la verdad, pues ella también ama al caudillo, y que tiembla por su colérica venganza, si Aida osa interponerse en sus amores.

CUADRO 2.º — *En la entrada del palacio real, con la plaza de Menfis al fondo, el Rey, la Corte, los sacerdotes y el pueblo se reúnen para recibir al héroe victorioso. Las tropas egipcias desfilan llevando estandartes, trofeos de guerra y prisioneros etíopes. Al llegar Radamés, el rey desciende de su trono y le condecora. Al ser presentados los cautivos, Aida se precipita en medio de la plaza para abrazar a su padre, Amonasro, soberano de los etíopes, que se esconde bajo el disfraz de un simple capitán cautivo, por lo que suplica a su hija le conserve el incógnito, pues en ello les va a ambos la vida. El rey ha prometido a Radamés, como premio de su triunfo, en día tan fausto, no negarle nada de lo que le pida, por lo que éste, secundado por el pueblo, pide el perdón y la libertad de los prisioneros. Ramphis y los demás sacerdotes aconsejan al Rey no acceda al ruego y evite así que los prisioneros, al ser libertados, tomen de nuevo las armas contra Egipto. No obstante, el Rey concede la libertad a los prisioneros, quedando solamente Amonasro, como esclavo, junto con su hija Aida, y sin aún haberse descubierto su condición real. Seguidamente, y en medio de las aclamaciones de todos que le vitorean por su generosidad, el Rey concede la mano de su hija Amneris al triunfador Radamés, y le proclama heredero de su corona y de la dinastía faraónica.*

### ACTO TERCERO

*En la ribera del Nilo, a la entrada del templo de Isis, Amneris, seguida de su escolta, se dirige a aquel para rogar a la Diosa que le dé suerte en su boda con Radamés, la que ha de celebrarse al día siguiente. La triste Aida se separa del cortejo y permanece en un claro de palmeras, tenuemente iluminado por los rayos plateados de la luna. Este paisaje le recuerda su lejano país al que quizá jamás volverá a ver; y, en su aflicción, hace el propósito de perecer ahogada en las aguas del Nilo si su amado Radamés se casa con la princesa. Llega Amonasro, quien informa a su hija Aida que toda su gente está preparada para un levantamiento; y que si ella pudiera averiguar la táctica a seguir por el ejército egipcio, es posible que aun vencieran y pudiera recuperar su trono y su antigua posición. Al saber que Radamés está citado allí con su hija, la induce a sonsacarle los datos que le interesan. Llega éste, en tanto que Amonasro se disimula tras el templo. Aida se resiste, al principio, a obedecer la orden de su padre; más, ante el temor de que el guerrero se case con otra, prefiere unirlo a su suerte, y hábilmente le hace confesar los planes a seguir en la próxima campaña. Aparece de nuevo Amonasro, ante la estupefacción de Radamés que se cree vendido; más, Amonasro descubre su disfraz y se da a conocer a Radamés como Rey de Etiopía, asegurándole que la victoria, esta vez, será de su amado pueblo, pero prometiéndole también que a él nada le ha de ocurrir. El caudillo egipcio se horroriza de la traición que inconscientemente ha cometido; pero convencido de que debe fugarse para salvar la vida y seguir a Aida, así lo decide; mas, Amneris, que acechaba y que ha podido oír todo lo tramado, le detiene llamándole traidor. Amonasro trata de asesinarla con su puñal, más Radamés la defiende. Como llegan los guardias de la escolta de la princesa, Amonasro y su hija huyen protegidos por las sombras de la noche, en tanto que el caudillo egipcio ofrece su espada al gran sacerdote Ramphis, que llega, y a quien se entrega prisionero.*



## ACTO CUARTO

CUADRO 1.º — *Otra vez en el palacio de Menfis, en una de sus salas*, Amneris ordena a los soldados de la guardia que conduzcan ante su presencia a Radamés. Una vez éste allí le explica que, en la próxima estancia, los sacerdotes están deliberando acerca del castigo que merece su traición de lesa patria; más, si se disculpa ante ella, si vuelve a amarla, implorará el perdón del rey, su padre, para que puedan casarse. El intrépido guerrero dice que no quiere humillarse ante nadie, que prefiere morir antes que vivir infamado y que, además, no puede vivir sin el amor de Aida. La Princesa Amneris, entre despechada y amorosa, aún le defiende insinuando que, si descubre donde se esconde Aida, la que pudo escapar de sus perseguidores que sólo consiguieron dar muerte a Amonasro, tal vez su pena sea conmutada. Más, Radamés se obstina en su noble actitud, alegando que está dispuesto a aceptar con resignación todos los males que su destino pueda reservarle. Los sacerdotes que llegan, descienden al lugar donde deben deliberar, situado en un subterráneo y con ellos Radamés, oyéndose como por tres veces conceden a Radamés oportunidad para que pueda disculparse de los cargos que le acusan. Al no responder éste, y continuar en su mutismo, es declarado traidor, condenándole a la última pena. La desesperada Amneris, viendo que son vanas todas sus tentativas, para salvar al hombre que ama, acaba por insultar a los sacerdotes cuando estos salen del subterráneo, injuriándoles por su sentencia, que cree injusta; y previniéndoles que el castigo de los dioses caerá sobre ellos por condenar a un inocente.

CUADRO 2.º — *En la parte superior de la escena, el templo y en la inferior, los subterráneos del mismo donde están socavadas las cavernas en donde quedan enterrados vivos los reos de tal castigo*. En tanto, arriba, la ceremonia tiene efecto y el coro de sacerdotisas y sacerdotes entonan fúnebres cánticos, Radamés, en la obscura lóbreguez de su fría tumba, percibe un apagado suspiro y, con asombro, encuentra junto a él a la enamorada Aida que no ha querido abandonarle en este instante supremo; la que, habiéndose logrado introducir en el foso, se dispone resignadamente a morir en su compañía. Si ninguno puede vivir sin su amor, ambos quieren morir amándose. Y los dos esperan la muerte, cariñosamente abrazados hasta que Aida se desvanece en brazos de su amado; en ese momento, arriba, Amneris se postra de rodillas sobre la piedra que cierra la fosa y reza a los dioses por Radamés ignorando que también perecerá Aida con aquél.

